

Othman no fué puramente gramatical, como pretenden los árabes, y que la política tuvo en ella su parte, sobre todo con la mira de rebajar las pretensiones de Alí. Sin embargo, el Corán se presenta á nuestros ojos con tan poca coordinación, en tan completo desorden, con tan flagrantes contradicciones; cada uno de los fragmentos que lo componen lleva una fisonomía tan marcada, que nada podría, en sentido general, atacar su autenticidad. Tenemos en cuanto al islamismo la inmensa ventaja de poseer las piezas mismas de su origen, piezas muy sospechosas sin duda y que expresan mucho menos la verdad de los hechos que las necesidades del momento; pero por ello mismo preciosas á los ojos del crítico que sabe interpretarlas.

Quisiera llamar por un momento la atención de los pensadores sobre este extraño espectáculo de una religión naciente en pleno día, con plena conciencia de sí misma.

## I

En general, la crítica debe renunciar á saber nada cierto sobre el carácter y la biografía de los fundadores de religión. Para ellos el tejido de la leyenda ha cubierto enteramente el de la historia. ¿Eran hermosos ó feos, vulgares ó sublimes? Nadie lo sabrá. Los libros que se les atribuye, los discursos que en su boca se pone, no son de ordinario otra cosa que composiciones más modernas, y nos revelan menos su manera de ser, que el modo cómo sus discípulos concebían el ideal. La misma belleza de su carácter no es la propia; pertenece á la humanidad, que los hace á su imagen. Transformada por esta fuerza incesantemente creadora, la más

repugnante oruga podría convertirse en la más hermosa mariposa.

No sucede lo mismo con Mahoma. El trabajo de la leyenda ha quedado respecto á él, débil y sin originalidad. Mahoma es realmente un personaje histórico: por donde quiera le tocamos. El libro que con su nombre nos queda, conserva casi palabra por palabra sus discursos. Su vida resulta una biografía como cualquiera otra, sin prodigios, sin exageraciones. Ibn-Hischam, y, en general, los más antiguos de sus historiadores son escritores sensatos. Su tono es poco más ó menos el tono de la *Vida de los Santos*, escrita de una manera devota, pero razonable; y aun se podrían citar veinte leyendas de Santos, la de San Francisco de Asís, por ejemplo, que aparecen más míticas que la del fundador del islamismo.

Mahoma no quiso ser taumaturgo; no quiso ser más que profeta, y profeta sin milagros. Repite sin cesar que es un hombre como los demás, mortal como cualquier otro, sujeto al pecado y necesitado como cualquiera de la misericordia de Dios. En sus últimos días, queriendo ordenar su conciencia, predica. «Musulmanes—dice—si he golpeado á cualquiera de vosotros, he aquí mi espalda; que él me pegue. Si alguno ha sido ultrajado por mí, que me devuelva injuria por injuria. Si á alguno he arrebatado sus bienes, todo lo que yo poseo está á su disposición.» Se levantó un hombre del pueblo y reclamó una deuda de tres dracmas. «Es preferible—dijo el profeta—la vergüenza en este mundo que en el otro», y satisfizo la deuda en el acto.

Esta extrema cordura, este buen gusto exquisito con que Mahoma comprendió su papel de profeta, le eran impuestos por el espíritu de su nación. Nada más inexacto que figurarse á los árabes antes

del islamismo como una nación grosera, ignorante, supersticiosa: sería menester, al contrario, decir una nación refinada, escéptica, incrédula. He aquí un curioso episodio de los primeros tiempos de la misión de Mahoma, que da á comprender muy bien la indiferencia glacial que encontraba á su alrededor y la extrema reserva que le estaba impuesta en el empleo de lo maravilloso.

Estaba sentado en el atrio de la Caaba, á poca distancia de un corro formado por varios jefes koreischitas, todos adversarios de sus doctrinas. Otba, hijo de Rebia, uno de ellos, se le aproxima, se acomoda á su lado, y hablando en nombre de los otros: «Hijo de mi amigo—le dijo—eres un hombre distinguido por tus cualidades y tu nacimiento. Bien que traigas la perturbación á la patria, la división á las familias, que ultrájes nuestros dioses, que taches de impiedad y de error á nuestros antepasados y á nuestros sabios, queremos usar de miramientos contigo. Escucha dos proposiciones que tengo que hacerte, y reflexiona si te conviene aceptar alguna.»—«Habla—dijo Mahoma,—te escucho.»—«Hijo de mi amigo—repuso Otba;—si el móvil de tu conducta es adquirir riquezas, nos pondremos á contribución todos para hacerte una fortuna más considerable que la de ningún koreischita. Si ambiciona honores, te erigiremos en nuestro jefe y no tomaremos resolución alguna sin tu parecer. Si el espíritu que te aparece se adhiere á tí y te domina de manera que no puedas sustraerte á su influencia, haremos venir médicos hábiles y les pagaremos para que te curen.»—«No estoy ávido de bienes ni ambicioso de dignidades, ni poseído por espíritu maligno—respondió Mahoma.—Yo soy enviado por Allah, que me ha revelado un libro y me ha ordenado anunciaros las recompensas ó los

castigos que os aguardan.»—«Pues, bien, Mahoma—le dijeron los koreischitas;—puesto que no aceptas nuestras proposiciones y te pretendes enviado de Allah, danos pruebas evidentes de tu calidad. Nuestro valle es estrecho y estéril; obtén de Dios que lo ensanche, que aleje las dos cordilleras de montañas que lo estrechan, que haga correr por él ríos semejantes á los ríos de Siria y de Irak, ó bien que haga salir de la tumba algunos de nuestros antepasados, y entre ellos á Cosray, hijo de Kilab, aquel hombre cuya palabra tenía tanta autoridad; que esos ilustres muertos, resucitados, te reconozcan por profeta y nosotros te reconoceremos también.»—«Dios—respondió Mahoma—no me ha enviado á vosotros para eso: me ha enviado tan sólo para predicar su ley.»—«A lo menos—replicaron los koreischitas—píde á tu señor que haga aparecer uno de sus ángeles para atestiguar de tu veracidad y ordenarnos que te creamos. Pídele también que manifieste ostensiblemente la elección que de tu persona ha hecho, dispensándote de buscar la ordinaria subsistencia en los mercados como el más ínfimo de tus compatriotas.»—«No—dijo Mahoma,—no le dirigiré semejantes demandas; mi deber es sólo predicaros.»—«Pues, bien, que tu señor haga caer el cielo sobre nosotros, como tú pretendes que es capaz de hacerlo, pues nosotros no te creeremos.»

Ya se ve que un budha, un hijo de Dios, un taumaturgo de alto de alcance, estaban por encima del temperamento de aquel pueblo. La extremada sutileza del espíritu árabe, la manera franca y clara con que se coloca en lo real, el libertinaje de costumbres y de creencias que reinaba en la época del islamismo, imponían cierta contención al nuevo profeta. La Arabia carece completamente del elemento que engendra el miticismo y la mitología.

Las naciones semíticas, cuando menos aquellas que han permanecido fieles á la vida patriarcal y al espíritu antiguo, no han comprendido jamás en Dios la variedad, la pluralidad, el sexo. La palabra *diosa* sería en hebreo el barbarismo más horrible. De ahí el rasgo tan característico de que no hayan tenido jamás ni mitología ni epopeya. La manera clara y sencilla como ellos conciben á Dios separado del mundo, no engendrando, no siendo engendrado, no teniendo semejante, excluía esos grandes adornos, esos poemas divinos en que la India, Persia y Grecia han desarrollado su fantasía. Representando la mitología el panteísmo en religión, no es posible más que la imaginación de un pueblo que deja flotar indeciso los límites de Dios, de la humanidad y del universo; ahora bien, el espíritu más distante del panteísmo es seguramente el espíritu semítico. La Arabia, en particular, había perdido ó tal vez no había tenido jamás el don de la invención sobrenatural. Apenas se encuentra en todos los Moallakat y en el vasto repertorio de la poesía anteislámica un pensamiento religioso. Aquel pueblo carecía del sentido de las cosas santas; pero en revancha tenía un sentimiento muy vivo de las cosas finitas y de las pasiones del corazón humano.

He aquí por qué la leyenda musulmana, fuera de Persia, ha quedado tan pobre, y por qué el elemento mítico es allí absolutamente nulo. Sin duda la vida de Mahoma, como la de todos los grandes fundadores, se ha rodeado de fábulas; pero estas fábulas no han alcanzado alguna sanción más que entre los Schütes, dominados por el giro de la imaginación persa. Lejos de que tengan en el fondo algo de islamismo, no deben ser consideradas más que como escorias accesorias, toleradas más bien que consagradas y muy análogas á la mitología de

baja estofa de los libros apócrifos que la Iglesia no ha adoptado jamás abiertamente ni severamente proscrito. ¿Cómo la imaginación popular no había rodeado de algunos prodigios una existencia tan extraordinaria? ¿Cómo la infancia sobre todo, tema tan favorable para las leyendas, no había tentado á los narradores? A creerles, la noche en que nació el profeta, el palacio de Chosroes fué conmovido por un temblor de tierra, el fuego sagrado de los magos se extinguió, se desecó el lago de Sawa, desbordóse el Tigris, y todos los ídolos del mundo cayeron de cara contra el suelo. Estas tradiciones, no obstante, no se elevan jamás á la altura de una leyenda consagrada, y en suma, los relatos de la infancia de Mahoma, á pesar de algunas manchas, continúan siendo una página encantadora de gracia y naturalidad. Para apreciar mejor esta sobriedad daré aquí una muestra de cómo la India sabe celebrar el nacimiento de sus héroes.

Cuando las criaturas saben que Budha va á nacer, todas las aves del Himalaya acuden al palacio de Kapila y se posan cantando y batiendo las alas en las azoteas, en las balaustradas, en los arcos, en las galerías, en los tejados del palacio; los estanques se cubren de lotus; en las casas, aunque se emplee abundantemente la manteca, el aceite, la miel, el azúcar, parecen siempre intactos; los tambores, las arpas, las tiorbas, los címbalos dan sin ser tañidos sonidos melodiosos. Los dioses y los solitarios acuden de cada uno de los diez horizontes para acompañar á Budha. Budha desciende acompañado de centenares de millones de divinidades. En el momento en que desciende, los tres mil grandes millares de regiones del mundo son iluminadas de un inmenso resplandor que eclipsa el de los dioses. Ningún ser experimenta terror ni sufrimiento.

Todos experimentan un infinito bienestar, y no tienen más que pensamientos afectuosos y tiernos. Centenares de millones de dioses con manos, hombros, cabeza, sostienen y llevan el carro de Budha. Cien mil *apsaras* conducen hacia adelante, hacia atrás, á derecha y á izquierda los coros y músicos, y cantan las alabanzas de Budha. En el momento que va á salir del seno de su madre, todas las flores abren su cáliz; árboles jóvenes se elevan del suelo y entreabren sus botones; aguas olorosas corren por todas partes; de las vertientes del Himalaya bajan los leoncillos gozosos á la villa de Kapila y se detienen en las puertas sin hacer mal á nadie. Quinientos jóvenes elefantes blancos vienen á tocar con sus trompas los pies del rey, padre de Budha; los hijos de los dioses, adornados de cinturones, aparecen en el departamento de las mujeres, yendo y viniendo en todas direcciones; las mujeres de los *nagas*, descubiertas hasta mitad de cuerpo, aparecían flotando en los aires; diez mil hijas de los dioses, empuñando abanicos de cola de pavo real, cruzaban por el firmamento; diez mil urnas llenas aparecían rodeando la gran ciudad de Kapila; cien mil hijas de los dioses, llevando pendientes del cuello conchas, tambores, tamboriles se dejaban ver inmóviles; los aires retenían su soplo; los ríos y riachuelos detenían su marcha; el sol, la luna y las estrellas suspendían su movimiento. Una luz de cien mil colores, que derramaba el bienestar en el cuerpo y en el espíritu, difundíase por doquier. El fuego no quemaba. De las galerías, de los palacios, de las azoteas, de las arcadas, de las puertas pendían las sargas de perlas y piedras preciosas. Las cornejas, los buitres, los lobos, los chacales cesaban en sus gritos; sólo se oyen sonidos dulces y agradables. Todos los dioses de los bosques de Salas, sacando á medias sus

cuerpos del follaje, mostrábanse inmóviles é inclinados. Parasoles grandes y pequeños se despliegan de todos lados en los aires. La reina, mientras tanto, avanza en el jardín de Loumbini. Un árbol se inclina y la saluda; la reina coge una rama de él, y dirigiendo la vista al cielo con gracia, bosteza, quedándose luego inmóvil. Budha brota de su lado derecho sin herirla; un loto blanco horada la tierra y se abre para recibirle; del cielo descende un parasol para cubrirle; un río de agua fría y otro de agua caliente se precipitan para bañarle, etc.

He aquí lo que se llama decentar atrevidamente la leyenda y no regatear el milagro. La Arabia había llegado á un refinamiento intelectual demasiado grande para que pudiera formarse allí una leyenda sobrenatural de este estilo. La única vez que Mahoma quiso permitirse una imitación de los caprichos trascendentes de las otras religiones, en su viaje nocturno á Jerusalén sobre un animal fantástico, la cosa le salió todo lo mal imaginable: este relato fué acogido con una tempestad de chanzas; varios de sus discípulos abjuraron y el profeta se dió prisa á retirar su enojosa idea, declarando que aquel maravilloso viaje, presentando al principio como real, no había sido más que un sueño. Toda la leyenda árabe de Mahoma, tal como se lee en Abulfeda, por ejemplo, se limita á algunos relatos muy sobriamente inventados. Se procura ponerle en relación con los hombres ilustres de su tiempo y de la generación precedente; se hace profetizar su misión por personajes venerados. Cuando recorría las soledades próximas á la Meca, embebido en su pensamiento, oía voces que le decían: «¡Salud, apóstol de Dios!» Se volvía y no veía más que árboles y rocas. Después de su huída de la Meca se refugió en una caverna: sus enemigos van á penetrar en

ella cuando observan un nido en el que una paloma había depositado sus huevos y una red de tela de araña que cerraba el camino. Su camella estaba inspirada, y cuando los jefes de las tribus iban á coger la brida de su montura para ofrecerle hospitalidad, decía: «Dejadla andar, es la mano de Dios la que la guía.» Su sable también hace algunos milagros. Al terminar una batalla se había sentado aparte al pie de un árbol, teniendo sobre las rodillas el arma, cuya empuñadura era de plata. Un beduino enemigo le distinguió: se aproxima, y fingiendo que le atrae un simple motivo de curiosidad:—«Permite—le dijo—que examine tu sable,» Mahoma se lo presentó sin desconfianza. El árabe lo coje, lo desenvaina y va á herir; pero el sable se niega á obedecer.

Todos los prodigios de su vida son tan transparentes; ni él mismo sabía inventar nada nuevo en aquel género. El ángel Gabriel pagaba todos los gastos de sus milagros; parece que no conociera otra máquina. Sólo la batalla de Bedr ofrece algunos ejemplos de la gran creación maravillosa inventada sobre el terreno. Una legión de ángeles combatía por los musulmanes. Un árabe que se había colocado en las montañas de los alrededores, vió aproximársele una nube y del seno de ella oyó salir relinchos de caballos y una voz que decía: «¡Adelante, Hayzoum!» (Este es el nombre del caballo del ángel Gabriel). Un musulmán refirió que persiguiendo á un Mequés, sable en mano, había visto caer al suelo la cabeza del fugitivo antes de que el sable le hubiera alcanzado: dedujo de ello que la mano de un enviado celestial había dirigido la suya. Otros afirman haber visto claramente á los ángeles con sus turbantes blancos, uno de cuyos extremos flotaba sobre la espalda mientras que Ga-

briel, su jefe, tenía la frente ceñida con un turbante amarillo.

Cuando se conoce el estado de excitación en que se ponen los árabes antes y durante la batalla, y cuando se piensa que aquella jornada fué el primer arranque del entusiasmo musulmán, bien lejos de maravillarse de que tales relatos hayan encontrado crédito, causa sorpresa que el cerebro de los combatientes de Bedr no haya engendrado más que tan sobrias maravillas.

En una época mucho menos moderna y bajo la influencia de razas extrañas á la Arabia, la leyenda de Mahoma se ha complicado, lo sé, con circunstancias maravillosas que la aproximan mucho á las grandes leyendas mitológicas del alto Oriente. La Persia, aunque domada por el islamismo, no se doblegó jamás bajo la acción del espíritu semítico. A despecho de la lengua y de la religión que le eran impuestas, supo reivindicar sus derechos de nación indo-europea y crearse en el seno del islamismo, una filosofía, una epopeya, una mitología. Abrió el *Hyat ul-Koloub*, colección de tradiciones Schütas; veréis en él que la noche en que Mahoma vino al mundo, setenta mil palacios de rubíes y setenta mil palacios de perlas fueron edificados en el paraíso, y fueron llamados los palacios del nacimiento. El profeta nace circuncidado: preséntanse, sin haber sido avisadas, matronas de extraordinaria belleza. Una luz, cuyo brillo resplandece en toda la Arabia, sale del seno de su madre. Tan pronto como ha nacido se arrodilla, dirige al cielo la mirada y «exclama: «Sólo Dios es Dios y yo soy su profeta.» Dios reviste á su apóstol de la camisa del divino contentamiento y de la túnica de la santidad, sujeta á la cintura por el amor de Dios. Calza las sandalias del respetuoso terror, ciñe la corona de la

precedencia y lleva en la mano la varita de la autoridad religiosa. A los tres años de edad, dos ángeles le abren el costado, le sacan el corazón, le expresan las gotas negras del pecado, y ponen en él la luz profética. Mahoma veía por delante así como por detrás; su saliva volvía dulce el agua del mar; las gotas de su sudor eran semejantes á las perlas. Su cuerpo no proyectaba sombra ni al sol ni al claro de la luna; ningún insecto se aproximaba á su persona.—Nada de árabe en estas exageraciones, impregnadas por completo del gusto persa: es desconocer completamente el carácter de la leyenda de Mahoma buscarla en tan grotescos relatos, que no perjudican mas á la pureza de la tradición árabe primitiva que las insulsas ampliaciones de los Evangelios canónicos.

Los elementos legendarios del islamismo naciente han quedado así en el estado de tradición esporádica y sin autoridad. En lugar de un ser misterioso suspendido entre el cielo y la tierra, sin padre ni hermano aquí abajo, no tenemos más que un árabe contaminado de todos los defectos del carácter de su nación. En vez de ese alto é inaccesible rigor del supernaturalismo, que hace decir al hombre Dios: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan y practican la palabra de Dios,» tenemos aquí todas las amables debilidades del corazón humano. En la batalla de Autas, una cautiva que unos musulmanes arrastraban con rudeza exclamó: «Respetadme; estoy emparentada con vuestro jefe.» Se la condujo á presencia de Mahoma. «Profeta de Dios—díjole ella—yo soy tu hermana de leche; soy Schaymâ, hija de Halima, tu nodriza de la tribu de Benon-Sad.»—«¿Qué prueba me darás de ello?» preguntó Mahoma.—«Un mordisco que me diste en la espalda—repuso la mujer—un día que te llevaba sobre ella.»

Y le enseñó la cicatriz. Aquella vista—que recordaba á Mahoma su infancia y los cuidados que le había prestado una pobre familia de beduinos, le conmovió, enterneciéndole. Algunas lágrimas mojaron sus ojos.—«Sí, eres mi hermana»,—dijo á Schaymâ; y despojándose de su manto le hizo sentarse en él. Después añadió:—«Si quieres de hoy en adelante permanecer cerca de mí, vivirás tranquila y honrada entre los míos; si prefieres volver á tu tribu, te pondré en estado de pasar el resto de tus días desahogadamente.» Schaymâ dijo que prefería la permanencia en el desierto, y Mahoma la despidió después de colmarla de dones.

Ninguna de sus debilidades ni de sus humildes situaciones es disimulada. Comienza Mahoma por ser viajante en Siria, donde realiza buenos negocios. Ningún signo extraordinario le distingue; tiene su apodo como cualquier otro: se le llama *el Amín*: el hombre seguro. En su juventud se bate con los koreischitas contra los hawazin, y los koreischitas por ello no dejan de ser descuartizados. En una carrera su camella queda distanciada por la de un beduino, lo que le llena de vivo despecho. La Arabia no se ha creído obligada para exaltar á su profeta á elevarle por encima de la humanidad y sustraerle á las afecciones de tribu, de familia y á otras más humildes aún. Los historiadores musulmanes nos refieren que quería á su caballo y á su camella, que con la manga de su traje les enjugaba el sudor. Cuando su gata tenía hambre ó sed se levantaba y le abría, y cuidaba con atención á un gallo viejo que tenía en su casa para preservarle del mal de ojo. En su hogar nos aparece como el más honrado padre de familia. A menudo, cogiendo de la mano á Hasan y Hosein, nacidos del matrimonio de Alí y de su hija Fátima, les hacía danzar y saltar, repi-

tiéndoles palabras infantiles que han sido conservadas. Cuando les distinguía durante una predicación, iba á abrazarles, les colocaba á su lado en la tribuna, y después de algunas palabras de excusa sobre su inocencia, proseguía su discurso. Después de la conversión de los Benon-Témîn al islamismo, uno de sus principales jefes, Cays, hijo de Acim, estando en Medina, entró un día en casa de Mahoma y le encontró teniendo sobre sus rodillas una niña á la cual cubría de besos.—«¿Quién es esa oveja que acaricias?—le preguntó.—Es mi hija—respondió Mahoma.—¡Por Dios!—contestó Cays.—Yo he tenido muchas hijitas como ésta, y las he enterrado vivas todas sin acariciarlas á ninguna.—¡Desgraciado!—exclamó Mahoma.—Menester es que Dios haya privado tu corazón de todo sentimiento de humanidad, pues no conoces la más viva satisfacción que le sea dado experimentar al hombre.»

Sus biógrafos no ponen mayor cuidado que él mismo en ocultar su pasión dominante: «Dos cosas en el mundo—decía—han tenido atractivo para mí, las mujeres y los perfumes; pero no encuentro felicidad pura más que en la oración.» Este punto fué el único acerca del cual derogó sus propias leyes y reclamó su privilegio de profeta. Contra todas sus prescripciones tuvo quince mujeres; otros dicen veinticinco. En tal hogar era natural surgieran los más delicados episodios. Añádase que los celos más extremados parecen haber sido uno de los rasgos más salientes de su carácter. Un versículo del Corán prohíbe expresamente á sus mujeres volverse á casar después de su muerte. En su última enfermedad decía á Aischa: «¿No estarías satisfecha de morir antes que yo y de saber que sería yo quien te envolvería en el sudario, quien oraría por tí, quien te colocaría en la tumba?»—«Me agradaría eso bas-

tante—respondió ella—si no fuera por la idea de que al regreso de mi entierro vendrías aquí á consolarte de mi pérdida con alguna otra de tus mujeres.» Esta salida hizo sonreír al profeta.

El episodio de su matrimonio con María la Copta es uno de los más singulares. Una copta, una esclava, una cristiana, se vió preferida durante varias noches á las nobles hijas de Abon-Bekr y de Omar, de la más pura sangre koreischita. Esta elección provocó una sedición verdadera en el harem, á propósito de la cual Dios reveló lo siguiente. «¡Oh, apóstol de Dios! ¿Por qué con el deseo de complacer á tus mujeres te abstendrías de lo que Dios te permite? El señor es bueno y misericordioso, él anula los juramentos no meditados. Es vuestro señor; posee la ciencia y la sabiduría.»

Autorizado así á castigar á las rebeldes, el profeta las repudió por un mes, que consagró todo entero á María. Sólo accediendo á las vivas instancias de Abon Bekr y Omar consintió en admitir de nuevo á sus hijas, después de haberlas amonestado en este otro versículo: «Si os oponéis al profeta sabed que Dios se declara por él. Sólo de él dependerá repudiaros á todas, y el Señor le dará esposas mejores que vosotras, buenas mulsumanas, piadosas, sumisas, adictas.»

El escándalo fué aun mayor cuando el matrimonio de Mahoma con Zeynab. Ella estaba ya casada con Zeyd, hijo adoptivo del profeta. Un día que éste iba á visitar á Zeyd, encontró á Zeynab sola y cubierta de vestidos ligeros que ocultaban apenas la belleza de sus formas. Su emoción se reveló en algunas palabras. «¡Alabado sea Dios, que dispone de los corazones!» Después se alejó; pero el sentido de aquella exclamación no se le escapó á Zeynab, que la refirió á Zeyd. Este corrió inmediatamente

á anunciar á Mahoma que estaba dispuesto á repudiar á su mujer. El profeta combatió al principio su propósito; pero Zeyd insistió. Zeynab, orgullosa por su nobleza, tenía con él un tono altanero, dijo, que destruía la dicha de su unión. No obstante la costumbre que prohibía á los árabes casarse con las mujeres de sus hijos adoptivos, Zeynab pocos meses después tomaba asiento entre las esposas del profeta. Algunos versículos del Corán pusieron término á las murmuraciones de los musulmanes austeros, y el complaciente Zeyd vió inscrito su nombre en el libro santo.

En resumen, Mahoma se nos presenta como un hombre de carácter dulce, sensible, fiel, exento de rencor. Sus afectos eran sinceros; por lo general estaba inclinado á la benevolencia. Cuando alguien al saludarle le estrechaba la mano, respondía cordialmente al apretón, y jamás era el primero en retirar la mano. Saludaba á los niños y mostraba gran ternura para con las mujeres y los débiles. «El paraíso — decía — está al pie de los mares.» Ni los pensamientos ambiciosos ni la exaltación religiosa habían secado en él el germen de los sentimientos individuales. Nada menos parecido á ese ambicioso maquiavélico y sin corazón que explicaba á Zopiro sus proyectos en inflexibles alejandrinos:

Debo regir como Dios el universo prevenido;  
Destruirás mi imperio si el hombre es reconocido.

El hombre, al contrario, está en él siempre á descubierto. Había conservado la sobriedad de las costumbres árabes; ninguna idea de majestad. Su cama era un sencillo manto y su almohada una piel rellena de hojas de palmera. Se le veía ordeñar por sí mismo sus ovejas, y se sentaba en el suelo para remendar sus vestidos y su calzado. Toda su con-

ducta desmiente el carácter emprendedor, audaz que se ha querido atribuirle. De ordinario se muestra débil, irresoluto, poco seguro de sí mismo. M. Weil llega hasta á tratarle de cobarde: es cierto que en general avanzaba tímidamente y resistía casi siempre á las excitaciones de aquellos que le acompañaban. Sus precauciones en las batallas eran poco dignas de un profeta. Se cubría con dos corazas y resguardaba la cabeza con un casco de visera que le cubría el rostro. En la derrota de Ohod, su porte no puede ser más indecoroso para un enviado de Dios; derribado en un foso, debió la vida sólo al sacrificio de los Ansâr, que le cubrieron con su cuerpo; se levantó manchado de sangre y lodo. Su extremada circunspección se transparenta á cada paso. Escuchaba con agrado y complacencia las advertencias y consejos. A menudo hasta se le veía ceder á la presión de la opinión pública y dejarse conducir á gestiones que su prudencia reprobaba. Teniendo sus discípulos una idea mucho más elevada que él de sus dones proféticos y creyendo en él mucho más que él mismo, no se explicaban sus vacilaciones y miramientos.

Toda la energía desplegada en la fundación de la religión nueva corresponde á Omar. Omar es verdaderamente el San Pablo del islamismo, la espada que corta y decide. Es indudable que el carácter reservado de Mahoma habría comprometido el éxito de su obra si no hubiera hallado aquel impetuoso discípulo, siempre pronto á desenvainar el sable contra los que no admitían sin examen la religión de la cual él había sido el perseguidor más ardoroso. La conversión de Omar constituye el momento decisivo en el progreso del islamismo. Hasta entonces los musulmanes se habían ocultado para practicar su religión, y no se habían atrevido á confesar



su religión en público. La audacia de Omar, su ostentación al proclamarse musulmán, el terror que inspiraba, le dieron confianza para exhibirse á la luz del día. No parece que Mahoma haya visto nada más allá del horizonte de Arabia, ni que haya imaginado que su religión puede convenir á otros más que á los árabes. El principio conquistador del islamismo, el pensamiento de que el mundo debe hacerse musulmán es un pensamiento de Omar. El es quien después de la muerte de Mahoma, gobernando en realidad bajo el nombre del débil Abon-Bekr, en el momento en que la obra del profeta apenas esbozada iba á disolverse, contuvo la defección de las tribus árabes y dió á la religión nueva su último carácter de fijeza. Si el calor de un temperamento impetuoso adhiriéndose con frenesí á un dogma debe llanarse fe, Omar ha sido realmente el más enérgico de los fieles. Jamás se ha creído con tanto furor, jamás se ha empleado tanta cólera en nombre de lo inmutable. Se ve con frecuencia que la necesidad de aborrecer lleva la religión á los caracteres enteros y sin matices, pues de todos los pretextos para el odio, la religión es el á que uno se abandona con mayor seguridad.

El papel de profeta tiene siempre sus espinas, y frente á compatriotas tan dispuestos á encontrarle en falta no podía Mahoma dejar de atravesar momentos difíciles. Los sorteaba en general con mucha habilidad, huyendo de exagerar su papel y procurando no aventurarse demasiado. Podía parecer sorprendente que un enviado de Dios sufriera derrotas, viese negadas sus previsiones, lograra semivictorias. En las grandes leyendas sobrenaturales se arreglan las cosas de manera muy diferente; todo es en ellas determinado, absoluto, como conviene en asuntos en que se mezcla Dios. Era ya dema-

siado tarde para tomar las cosas en un diapasón tan elevado; he aquí por qué en la vida del último de los profetas todo ocurre así, de una manera completamente humana y en todo histórica. Es batido, se equivoca, retrocede, se corrige, se contradice. Los musulmanes reconocen hasta doscientas veinticinco contradicciones en el Corán, es decir, doscientos veinticinco pasajes que han sido más tarde derogados en atención á otra política.

En cuanto á los rasgos de la vida de Mahoma, que á nuestros ojos constituirían manchas imperdonables en su moralidad, guardémosnos bien de aplicar una crítica demasiado rigorosa. Es evidente que la mayor parte de aquellos actos no producían en los contemporáneos ni producen en los historiadores orientales la misma impresión que en nosotros. Sin embargo, no se puede negar que, por propia confesión de los musulmanes, Mahoma no haga en varios casos el mal con pleno conocimiento, sabiendo muy bien que obedece á su propia voluntad y no á la inspiración de Dios. Permite el pillaje, ordena asesinatos, miente y permite mentir en la guerra por estratagemas. Se podría citar una multitud de circunstancias en las que pacta con la moral con un interés político. Una de las más singulares seguramente, es aquella en la que promete anticipadamente á Othman el perdón de todos los pecados que pueda cometer hasta su muerte, en compensación de un gran sacrificio pecuniario. Era sobre todo implacable para con los burlones. La única mujer con la que se mostró rígido cuando la toma de la Meca, fué la mística Fertena, que habitualmente cantaba los versos satíricos que se componían contra él. Su conducta para con uno de sus secretarios es también muy característica. Aquel hombre que escribía el Corán al dictado del profeta,